JOSÉ PERELÓPEZ

El Doctor Maravilloso

ZARZUELA CÓMICA

en un acto, dividido en dos cuadros

refundicion de la comedia de Moratín

EL MÉDICO Á PALOS

MÚSICA DE LOS MAESTROS

LUIS FOGLIETTI y MANUEL QUISLANT



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

EL DOCTOR MARAVILLOSO

ZARZUELA CÓMICA

en un acto, dividido en dos cuadros

refundicion de la comedia de Moratín

EL MÉDICO Á PALOS

POR

JOSÉ PERE LÓPEZ

música de los maestros

LUIS FOGLIETTI y MANUEL QUISLANT

Estrenada con gran éxito en el TEATRO APOLO de Barcelona, la noche del 8 de Julio de 1905



MADRID

G. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, II DUP.°

Teléfono número 551

1905

Al aplaudido primer actor é ilustre director artístico

D. José Gamero

dedica el humilde trabajo puesto en esta obra, como pública manifestación de perdurable gratitud, su leal y cariñoso amigo,

José Perelópez.

Julio de 1905.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BARTOLO	Sr.	Gamero.
PAULA	Srta.	Carrasco.
ANDREA		Carreras.
MARTINA	Sra.	Urdazpal.
DON JERÓNIMO	Sr.	Casas.
LEANDRO		Martínez.
GINÉS		Navarro.
LUCAS		Lluch.

Coro general

La accion se desarrolla á principios del siglo XIX

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

El escenario representa un bosque

ESCENA PRIMERA

ALDEANAS y LEÑADORES, dentro. BARTOLO, en el fondo del escenario, cortando con un hacha un grueso tronco de árbol. Comienza el cantable á telón corrido, y alzándole después muy lentamente. Concluye el número sin aparecer los coros en escena

Música

ALDS. ¡Leñador! ¡Ay, leñador!
Deja el hacha y al lugar,
que tus viejos con amor
esperan verte llegar.

LEÑS. Si te aguardas, chiquilla,
á que yo acabe,
cogidito á tu brazo
cruzaré el valle.

ALDS. Aunque por ir contigo
quiero aguardarte,
cogidito á mi brazo
no irás al valle.

ESCENA II

BARTOLO; luego MARTINA

Hablado

BART. ¡Válgate Dios, y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda y él no se parte... (Deja el hacha arrimada al tronco, se adelanta hacia el proscenio y se sienta en un peñasco.) ¡Mucho trabajo es éste! Y como hoy aprieta el calor, me fatigo y me rindo, y no puedo más.. Ahora vendrá bien un rato de descanso...

MART. (Por la derecha.) ¡Holgazán!

BART. (Aparte.) ¡Mi mujer!

MART. ¿Qué haces ahí sentado?

BART. Descansar.

MART. ¿No sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio día?

BART. Anda, que si no es hoy será mañana.

MART. ¡Y que yo aguante á un marido tan poltrón y desidioso!... ¡Levántate y tràbaja!

BART. Ahora no quiero, dulce esposa.

MART. ¡Hombre sin vergüenza!... ¡Véalo usted, sin atender á sus obligaciones!... ¡Desdichada de mí!

BART. ¡Ay, qué trabajo es tener mujer! Bien dice Séneca; que la mejor es peor que un demonio.

MART. ¡Miren qué hombre tan hábil para traer autoridades de Séneca!

BART. ¿Si soy hábil? A ver, á ver; búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y más adelante, como yo lo estudié.

MART. ¡Mal haya la hora en que me casé contigo!

BART. Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MART. ¡Haragán! ¡Borracho!

BART. Esposa, vamos poco á poco.

MART. Yo te haré cumplir con tu obligación.

BART. Mira, mujer, que me vas enfadando. (Se levanta desperezándose, encamínase hacia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.)

MART. ¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BART. Mira que te he de cascar, Martina.

MART. ¡Cuba de vino!

BART. Mira que te he de solfear las espaldas.

MART. ¡Infame!

BART. Mira que te he de romper la cabeza.

MART. ¿A mí?... ¡Bribón! ¡Tunante! ¡Canalla!... ¿A mí?...

BART. (Dando de palos á Martina.) ¿Sí? Pues toma.

MART. ¡Ay, ay, ay, ay!

BART. Este es el único medio de que calles.

MART. ¡Si reventaras!...

BART. Perdóname, hija mía. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos más ó menos no valen nada... Voy hacia el barranquitero, que ya tengo allí una porción de raíces, haré una carguilla y mañana, entre la burra, tú y yo, la llevaremos á Miraflores. (Hace que se va y vuelve.) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago; si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta con sus piedras azules. (Toma el hacha y unas alforjas y se va por la derecha, monte adelante. Martina se queda retirada á un lado hablando entre sí.)

MART. ¡Anda, que tú me las pagarás!

ESCENA III

MARTINA, GINES y LUCAS. Estos dos últimos por la izquierda

LUCAS Vaya, que los dos hemos tomado una buena comisión.

GINÉS ¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer á nuestro amo. Además, que la salud de su hija á todos nos interesa.

MART. (Aparte.) ¡Que no pueda yo imaginar alguna invención para vengarme!

GINÉS Veremos si este médico de Miraflores acierta con la enfermedad...

MART. (Aparte.) Los golpes que acaba de darme no puedo olvidarlos.

LUCAS (A Martina.) ¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MART. Sí, señor. (Señalando dentro por el lado derecho.) ¿Ve usted aquellas tapias caídas junto aquel noguerón? Pues todo derecho.

GINÉS ¿No hay allí un famoso médico que todas las enfermedades las cura en griego?

MART. ¡Ay, sí, señor! Curaba en griego, pero hace dos días que se ha muerto en español.

GINÉS ¿Qué dice usted?

MART. Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes á buscar?

LUCAS Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al río.

MART. ¡Ah, sí! La hija de don Jerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS ¡Qué sé yo! Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MART. ¡Qué lástima! Pues... (Aparte, con expresión de complacencia.) ¡Ay, qué idea me ocurre! (Alto.) Pues miren ustedes, aquí tenemos el hombre más sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS ¿De veras?

MART. Sí, señor.

LUCAS ¿Y en dónde le podemos encontrar?

MART. Cortando leña en ese monte. Es un hombre extravagante y lunático, va vestido como un pobre patán, hace empeño en aparecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS Todos los grandes hombres han de tener siempre algún ramo de locura mezclado con su ciencia.

MART. La manía de este hombre es la más particular que se ha visto. No confesará su capacidad á menos que no le muelan el cuerpo á palos.

GINÉS ¡Qué extraña locura!

LUCAS ¡Habrase visto hombre más original!

GINÉS ¿Y cómo se llama?

MART. (Después de dudar un instante.) Don Bartolo.

LUCAS Vamos á buscarle.

MART. Acuérdense de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS Ya, ya estamos en eso.

LUCAS Debajo de aquel árbol veo unas cuantas estacas. Voy por un par de ellas. (Trae dos palos; uno se lo da á Ginés.)

GINÉS ¡Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio!

MART. Me parece que viene. Sí, este es. Yo me voy. (Aparte.) Bien va á pagar todas las que me ha hecho. (Mutis.)

GINÉS Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Empezaremos tratándole con la mayor cortesía.

LUCAS Sí, con mucha delicadeza. (Ocultándose á los dos lados del escenario.)

ESCENA IV

BARTOLO solo. Sale por el monte con las alforjas al hombro, el hacha en una mano y en otra una bota de vino. Viene cantando

Música

(Al principio casi recitado y bebiendo de la bota.)

En el alcázar de Venus,
junto al Dios de los planetas,
en la gran Constantinopla,
allá en la casa de Meca,
donde el gran sultán bajá,
imperio de tantas fuerzas,
aquél alcázar que todos
le pagan tributo en perlas...

—

Por el vino medio loco,
siempre me parece poco;
es el vino mi placer,
y yo quiero cantar y beber.

—

Los traguillos de vino
que me echo al cuerpo,
al magín se me suben
cuando los bebo,
y en la cabeza
el talento y el vino
se me pelean.

—

Quisieran muchos cuerdos
estar borrachos;
discurrir como un niño
quisiera un sabio,
y yo quisiera...
que entre viñas me entierren
cuando me muera.

—

Beber es mi ilusión,
beber es mi placer,
mi infierno el trabajar,
mi diablo mi mujer.

(Queda sentado en el suelo en medio del escenario.)

ESCENA V

BARTOLO, GINÉS y LUCAS. Bartolo bebe otra vez, va á poner la bota al lado por donde sale Lucas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas y la tapa con las alforjas. Ginés y Lucas procuran ocultar las estacas detrás de los cuerpos

Hablado

BART. (Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonio es esto? En todo caso, la guardaremos y la arroparemos, porque no tienen cara estos avechuchos de hacer cosa buena.)

GINÉS ¿Es usted un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BART. No y sí; según lo que ustedes quieran.

GINÉS Queremos hacerle á usted cuantos obsequios sean posibles.

BART. Sí, así es, yo me llamo don Bartolo. (Quítanse el sombrero, lo deja á un lado y adopta una postura de cómica arrogancia.)

LUCAS Pues con toda cortesía...

GINÉS Y con la mayor reverencia...

LUCAS Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS Y con todo respeto y veneración.

BART. (Aparte.) Parecen arlequines.

LUCAS Pero cúbrase usted, que el sol le incomodará.

GINÉS ¡Oh! sí; cúbrase usted.

BART. Vaya, señores, ya estoy cubierto... (Pónese el sombrero y los otros también.) ¿Y ahora?

GINÉS No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted y de su...

BART. Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS Señor...

BART. Si ha de ser de encina, no la daré menos de dos reales la carga.

GINÉS Ahora no tratamos de eso.

BART. La de pino la daré más barata. La de raíces, mire usted, la de raíces...

GINÉS ¡Oh! señor; eso es burlarse.

LUCAS Parece mentira que un hombre tan sabio, tan insigne médico, trate de ocultar de ese modo los talentos de que le ha dotado la Naturaleza.

BART. Usted será el médico y toda su generación, que yo en mi vida lo he sido. (Aparte.) Están borrachos.

LUCAS Usted es un gran médico.

GINÉS Lo sabemos nosotros.

BART. ¡Qué disparate!

GINÉS No hay que negarlo, porque no venimos de chanza.

BART. Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico ni lo he sido jamás.

LUCAS Al cabo me parece que será preciso.. (Mirando á Ginés.) ¿Eh?

GINÉS Yo creo que sí.

LUCAS Confiese usted con mil demonios que es médico y acabemos.

BART. (Impaciente.) ¡Yo rabio!

GINÉS ¿Para qué es fingir si todo el mundo lo sabe?

BART. Pues digo á ustedes que no soy médico. (Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan, disponiéndose para apalearle.)

GINÉS ¿No?

BART. No, señor.

LUCAS ¿Conque no?

BART. El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS Pues, amigo, con su buena licencia de usted, tendremos que valernos del remedio consabido... Lucas...

LUCAS Ya, ya.

BART. ¿Qué remedio dice usted?

GINÉS Este. (Dándole de palos, cogiéndole las vueltas para que no se escape.)

BART. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Quitándose el sombrero.) Basta, que yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

GINÉS Pues bien, ¿para qué nos obliga usted á esta violencia?

LUCAS ¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BART. El trabajo es para mí que los llevo... Pero, señores, vamos claros: ¿qué es esto? ¿Es una humorada, ó están ustedes locos?

LUCAS ¿Aún no confiesa usted que es doctor en medicina?

BART. No, señor; no lo soy.

GINES ¿Conque no es usted médico?

LUCAS ¿Conque no?

BART. Que no. (Al ver que hacen intención de apalearle de nuevo.) Sí, sí que soy médico, sí; y cirujano de estuche, y saludador, y albéitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS — Me alegro de verle á usted tan razonable.

BART. — (Aparte.) (¡Malditos seáis!)

LUCAS — Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

BART. — (Aparte.) ¿Si seré yo médico y no habré reparado en ello?

GINÉS — No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia y quedará contento.

BART. — Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS — Ciertísimo.

LUCAS — El profesor más sobresaliente que se conoce.

BART. — ¡Já, já, já! Pues lléveme el diablo si yo sabía tal cosa.

GINÉS — Se trata de asistir á una señorita muy rica. Usted estará en la casa comido y bebido y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas. Y acabada la curación, le darán á usted qué sé yo cuanto dinero.

BART. — ¿En palmitas, de comer y beber, y qué sé yo cuánto dinero?... ¡Vamos allá!

GINÉS — Recógele todos esos muebles y vamos. (Lucas coge las alforjas, el hacha y la bota.)

BART. — No, poco á poco. (Le quita la bota.) La bota conmigo.

GINÉS — Pero, señor, ¿un doctor en medicina con bota?

BART. — Sí, señor. (Aparte.) La pulsaré, la recetaré algo... La mato, seguramente la mato. Si no quiero ser médico me volverán á sacudir el bulto, y si lo soy... me lo sacudirán también. (Alto.) Pero digan ustedes, ¿les parece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS — No hay que afligirse. Antes de presentarle á usted le vestiremos con mucha decencia.

BART. — (Aparte.) Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decía mi amo á los enfermos.

GINÉS — Vaya, basta de meditación...

LUCAS — Será cosa de que otra vez. (En ademán de volverle á dar.)

BART. — ¡Qué! no, señor. Si estaba pensando ya en

el plan curativo. ¡Pobrecito Bartolo! Vamos. (Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Sala de casa particular con una puerta grande al foro y otra algo más pequeñas en cada lateral

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL

Música

CORO Que si la niña está muda,
que si la niña está enferma,
que si la niña está triste,
que es muy posible que muera...
Que se lo cuenten al nuncio,
que á mí no me han de engañar,
y aunque le pese á la niña
al fin y al cabo he de hablar.

—

¡Cuán especial
enmudecer
desde que la prohiben
al novio ver!
Será verdad,
más no hay razón
que iluminar consiga.
mi confusión.

—

Todos andan aturdidos,
todos andan de cabeza,
todos perderán el juicio
ó se morirán de pena.

Y aun cuando no me agrada
de nada ni de nadie pensar mal,
sospecho que Paulita
no es cierto que padezca
tan grave enfermedad.

—

Pero chitón,
no murmurar,
que si nos pillan
nos va á pesar.
Vámonos de aquí,
vámonos ya,
porque si no
nos pescarán.
¡No murmurar,
ni rechistar!
¡A callar!

(Salen por el foro.)

ESCENA II

ANDREA, DON JERÓNIMO y LUCAS; al final GINÉS. Los tres primeros salen por la puerta de la izquierda

Hablado

AND. ¡Ay, señor amo! Aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no haremos nada.

JER. ¿Por qué?

AND. Porque doña Paulita no ha menester médico, sino marido, marido; eso la conviene, lo demás es andarse por las ramas.

LUCAS Vamos, calla, no hables tonterías.

JER. La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

AND. ¡Niña! Sí, cásela usted, y verá si es niña.

JER. Más adelante no digo que...

AND. Boda, boda y aflojar el dote.

JER. ¿Quieres callar, habladora?

AND. Despedir médicos y boticarios, y llamar al novio.

JER. ¿A qué novio, bachillera impertinente?

AND. ¿No sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde?

JER. La fortuna del tal Leandro está, en que no le conozco.. Ya sé que anda rondándome la casa; pero como yo le llegue á pillar... ¡Leandro! Un mancebito que acaba de salir de la Universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo.

AND. Tiene un tío que es muy rico, y que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero.

JER. ¡Calla ó vete al instante!

LUCAS ¡Calla, mujer, no desazones al amo! No te metas en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor... no tiene remedio.

JER. ¡Aprende de tu marido, Andrea!

GINÉS (Por la derecha.) Señor amo; ya he conseguido que el médico cambie la vestidura de campesino que traía, por la adecuada á la tan digna profesión que ejerce. Espero la orden de usted para presentarle.

JER. Inmediatamente. (Mutis Ginés.)

AND. Novio, novio, señor amo... Hace falta tirar todas esas pócimas y brevajes por la ventana y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

JER. ¿Quieres callar, deslenguada?... ¡Diablo de mujer ésta!

ESCENA III

DON JERÓNIMO. ANDREA, LUCAS, GINÉS y BARTOLO; éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y bastón de borlas

Música

GINÉS (En la puerta de la derecha.)

Pase usté adelante
doctor estupendo,
médico infalible,
genio sin igual.

(Aparece Bartolo. Todos, á excepción de Andrea, le hacen una reverencia exagerada.)

JER. Es honor muy grande
para esta morada
guarecer á un hombre
tan monumental.

BART. (Aparte.)
¡Ay, pobre Bartolo!
Todas las costillas,
estos alcornoques
te van á medir.
¡No siento los palos
que ya he recibido,
si no los que quedan
aún por recibir!

JER. Toda mi fortuna
quisiera otorgar,
si por alguien logro
su acento escuchar.

GINÉS
LUCAS } Cuéntenos las curas
que ha logrado hacer.

BART. Las más principales
van á conocer.

TODOS Mucha atención,
que va á contar
las curas asombrosas
que ha llegado á realizar.

Recetas estrambóticas

BART. Se agotaba el otro día
la existencia de una anciana,
y mi ciencia soberana
al momento revelé.
A la vieja hacerla niña
puse empeño y no fué en vano,
que hoy la llevan de la mano
porque es un lindo bebé.
¿Sabéis con qué logré
su vida transformar?

JER. ¿Con qué?

GINÉS ¿Con qué?

LUCAS ¿Con qué?

BART. Con polvos de rapé.

—

Era una linda muchacha
que todo en ella crecía,
menos un pie que tenía
del tamaño que al nacer.
Para enmendar el defecto
reclamó la ciencia mía,
y logré darla en un día
más de diez varas de pie.
¿Sabéis con qué logré
tanto su pie alargar?

JER. ¿Con qué?

GINÉS ¿Con qué?

LUCAS ¿Con qué?

BART. Regando el peroné.

Hablado

BART. Pues, señor médico...

JER. ¿Con quién hablais?

BART. Con usted.

JER. Yo no soy médico.

BART. ¿No?

JER. No, señor.

BART. ¿No? Pues ahora verás lo que te pasa... (Arremete hacia él con el bastón levantado en ademán de darle de palos. Huye don Jerónimo; los criados detienen á Bartolo.)

JER. ¿Qué hace usted, hombre?

BART. Yo te haré que seas médico eminente á fuerza de palos, que así se gradúan en esta tierra.

JER. Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habéis traído aquí?

GINÉS ¿No le dije á usted que era muy chancero?

JER. Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS Si lo hace por reir.

GINÉS Mire usted, don Bartolo; este caballero es nuestro amo; el padre de esa señorita á quien usted ha de curar.

BART. ¡Oh! Perdone usted, señor padre...

JER. Soy de usted...

BART. Yo siento...

JER. No ha sido nada. Vamos al asunto.

BART. Sí, vamos.
JER. Yo tengo una hija muy mala.
BART. Muchos padres se quejan de lo mismo.
JER. Quiero decir que está enferma.
BART. Me alegro mucho.
JER. ¿Cómo?
BART. Me alegro mucho de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.
JER. Agradezco su buen deseo.
BART. Hablo ingenuamente. ¿Y cómo se llama la señorita?
JER. Paula.
AND. Aquí sale.
BART. ¡Bonita cara!

ESCENA IV

DICHOS y PAULA

BART. ¿Conque Paulita?
JER. Sí, señor.
BART. Lindo nombre para curarse. ¿Y esta doncecella? (Por Andrea.)
LUCAS Es mi mujer.
BART. A ver el pulso.
AND. Si yo no estoy mala.
LUCAS ¡Mire usted, señor médico!...
BART. A ver el pulso, Paulita; si decía á Paulita.
JER. Arrimad sillas. Siéntese usted. (Ofrece una silla á Bartolo; Andrea otra á Paulita y Ginés á don Jerónimo. Quedan frente á frente Paulita y Bartolo, y don Jerónimo en medio hacia atrás. Los criados de pie formando semicírculo.) Si se me llegara á morir esta hija, me volvería loco.
BART. No, no señor; no se morirá. No hay más que morirse sin licencia del médico... ¡Qué cara más bonita!
PAULA ¡Ah, ah, ah! (Ríe.)
JER. ¡Gracias á Dios que ríe la pobrecita!

BART. ¡Gran señal! ¡Gran señal! ¿Y qué la duele á usted?

PAULA Ba, ba, ba, ba.

BART. Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es esa?

JER. Pues ese es su mal.

BART. ¿La baba?

JER. El no hablar. Ha venido á quedarse muda sin que se pueda saber la causa. ¡Vea usted qué desconsuelo para mí.

BART. ¡Qué bobería! Al contrario; una mujer que no habla es un tesoro.

JER. Yo le suplico á usted que aplique todo su esmero á fin de curarla.

BART. Pierda usted cuidado. Pero es curación que no se hace así como se quiera. ¿Come bien?

JER. Sí, señor.

BART. ¡Malo!... ¿Duerme?

AND. Sí, señor; unas ocho ó nueve horas.

BART. ¡Malo! ¿La duele la cabeza?

JER. Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BART. ¿No? ¡Malo! Venga el pulso.. Pues, amigo, este pulso indica... ¡Claro! ¡Está claro!

JER. ¿Qué indica?

BART. Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

AND. (Aparte.) Estás fresco.

JER. ¿Y de qué ha podido sobrevenir este accidente?

BART. Pues, según la más recibida opinión de los autores, de habérsela interrumpido el uso expedito de la lengua.

JER. ¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS (Aparte á don Jerónimo.) ¿No se lo dijimos á usted?

AND. (Aparte.) Pues á mí me parece un macho.

JER. ¿Y qué piensa usted que se puede hacer?

BART. Se puede y se debe hacer... El pulso... (Tomando el pulso á Paulita.) Aristóteles en sus protocolos habló de este caso con mucho acierto.

JER. ¿Y qué dijo?

BART. Cosas divinas... La otra. (La toma el pulso en la

otra mano.) A ver la lengüecita. (La observa la lengua.) ¡Ay, qué monería!... Dijo... A ver la lenguecita otra vez... Dijo... ¿Entiende usted el latín?

JER. No, señor.

BART. Pues dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus, amárylida sylvas.* Que quiere decir, que esta falta de coagulación en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la región... ¿Están ustedes?

AND. Sí, señor; aquí estamos todos.

BART. (Aparte.) ¿Dónde iré á parar, Dios mío? (Alto.) De la región lumbar, pasando desde el lado izquierdo, donde está el hígado, al derecho, en que está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo... ¿Me explico?

JER. Sí, señor, perfectamente.

BART. Pues, como digo; supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos... ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

JER. Cuanto hay que decir.

GINÉS Es mucho hombre éste.

JER. Sólo he notado una equivocación en lo que...

BART. ¿Equivocación? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

JER. Creo que dijo usted que el corazón está al lado derecho y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BART. ¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor; antiguamente así sucedía, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

JER. Perdone usted.

BART. Ya está usted perdonado.

JER. ¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

BART. Primeramente harán ustedes que se acues-

te; luego se la darán unas buenas friegas... bien que eso yo mismo lo haré.

AND (Aparte.) En seguida.

PAULA Ba, ba, ba, ba...

BART. Sí, ahora va... Y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

AND. ¡Qué disparate!

JER. ¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BART. Para que hable. ¿No ha visto usted cómo á los loros los atracan de pan mojado en vino? ¿Y no hablan los loros?... Ya verán ustedes si habla esta señorita más que siete papagayos.

JER. Algún ángel le ha traído á usted, doctor..

BART. (Aparte.) Sí; San Palermo bendito.

JER. Vamos, hijita, que ya querrás descansar. Al instante vuelvo, señor don Bartolo... (Se levantan los tres. Paulita da el brazo á don Jerónimo. Detrás va Andrea.)

BART. Adiós, señorita.

PAULA Ba, ba, ba, ba...

JER. (A Ginés y Lucas.) Arreglar el cuarto del médico... Bien limpio todo... (Mutis Paula, Andrea y don Jerónimo por la izquierda Ginés y Lucas por la derecha.)

ESCENA V

BARTOLO solo

Yo sudo... En mi vida me he visto más apurado... Es imposible que esto pare en bien.. ¡Imposible! ¡Imposible! Si yo pudiera huir... Voy á intentar... (En la puerta del foro.) ¡Adiós! Un zángano desconocido...

ESCENA VI

BARTOLO y LEANDRO

LEAN. (Por el foro recatándose.) Señor doctor: yo vengo á implorar su auxilio...

BART. Venga el pulso. (Le coge una mano y le toma el pulso.) No me gusta nada... nada, nada... ¿Qué siente usted?

LEAN. Yo no siento ningún mal.

BART. ¿A qué diablos viene usted entonces?

LEAN. Señor doctor, yo soy Leandro, el novio de Paulita; y Andrea que está en el secreto de mis amores, me ha aconsejado que viniera y que hablara con usted á ver si conseguía que me protegiese.

BART. (Furioso.) ¿Yo?

LEAN. Sí, señor.

BART. ¿Yo proteger un amor contrario á la voluntad del padre de la novia?

LEAN. ¡Por Dios, no grite usted!

BART. Me da la gana.

LEAN. ¡Por Dios, señor doctor!

BART. Un doctor no es tapadera de nadie.

LEAN. Pero de usted ya me han dicho que, aunque al pronto parecía muy bruto, resultaba usted una buena persona. Y como yo tengo un tío muy rico dispuesto á sacrificarse porque Paulita sea mía...

BART. ¡Ah! ¿De modo que su tío de usted no se opone como don Jerónimo?

LEAN. Quiá, no señor, al contrario.

BART. ¿Y dice usted que es rico?

LEAN. Sí, señor.

BART. Pues, hombre, no oponiéndose su tío la cosa ya varía.

LEAN. Ya ve usted, traigo este bolsillo para que los criados protejan una entrevista que quiero celebrar con mi adorada Paulita. (Saca un bolsillo con algunas monedas. Bartolo lo coge y se lo guarda.)

BART. Sí, hombre, sí. La cosa ya varía. ¿Le conoce á usted don Jerónimo?

LEAN. No, señor.

BART. ¿Y los criados?

LEAN. Andrea y Lucas únicamente, pero puedo contar con ellos.

BART. Pues bien, yo haré que hoy mismo quede arreglada la boda.

LEAN. ¿De veras?

BART. Cuando yo lo digo...
LEAN. ¿Será posible?
BART. ¿No le he dicho á usted que sí? Cuente usted con mi protección (*Aparte.*) que tal vez necesite yo la tuya. (*Alto.*) Yo diré que es usted... boticario.
LEAN. Si yo no entiendo palabra de esa facultad.
BART. Lo mismo me pasa á mí con la de Medicina.
LEAN. ¿Siendo médico?
BART. Es que con el examen que yo he tenido lo mismo he podido salir Papa que médico.

ESCENA VII

DICHOS, DON JERÓNIMO; después PAULA y ANDREA

JER. ¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha, desde que ha tomado la sopa en vino, está mucho peor.
BART. ¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando... Sería conveniente que la trajeran para que la reconozca este señor, don Casimiro, un boticario, tan afamadísimo como yo.
JER. ¡Oh, en seguida! (*En la puerta de la izquierda.*) Andrea: que venga Paulita. (*Sepárase de la puerta.*) Precisamente no ha habido manera de reducirla á que se acostara.
BART. (*Aparte.*) Si habrá olido que estaba aquí el boticario.
PAULA (*Al ver á Leandro.*) ¡Ay!
JER. Ha dicho ¡ay!
AND Sí, señor.
BART. ¡La sopa en vino! Véala, don Casimiro; á ver que le parece. Y aquí se queda con ellos Andrea, mientras nosotros, don Jerónimo, vamos al jardín á disponer el plan curativo.
JER. Sí, señor.
BART. Una cosa tengo que encargarle, señor boticario; si fuese preciso algún reconocimiento cuente usted conmigo... Vamos, don Jerónimo. (*Vanse por la derecha y Andrea seguida de Paula aparecen por la izquierda.*)

ESCENA VIII

PAULA, ANDREA y LEANDRO. Andrea vigila la puerta por donde ha salido don Jerónimo

Música

LEAN. Adorada mía,
ángel de candor.
PAULA De tí muy cerca anhelaba verme.
de tí muy cerca está mi corazón.
AND. Hablar muy bajito
que puede venir
y nos da un disgusto
si sabe que ha entrado
su novio hasta aquí.
LEAN. No importa á mi cariño que se opongan;
jamás á mis promesas faltaré.
PAULA Del pecho en lo más hondo tus palabras,
cual preciado tesoro guardaré.
AND. ¡Por Dios, que se entusiasman!
Frescura tal no ví.
(¡Valiente papelito
estoy yo haciendo aquí!)
(Vase retirando hasta hacer mutis por la derecha, apareciendo nuevamente al final del número.)
PAULA / LEAN. } Deja que dichosos gocemos
en la expansión
del alma enamorada,
radiante de fervor.
LEAN. (Repitiendo Paula cada verso.)
Oye los fuertes latidos
del corazón que te adora
y que para tí atesora
los encantos del amor.
PAULA / LEAN. } Oye los fuertes latidos, etc.

ESCENA IX

DICHOS y BARTOLO

Hablado

BART. ¿Habla ya la enferma?
AND. Sí, señor; gracias á Dios.
BART. Gracias á Dios y á mí... Tú que tanto lo estimas, abrázame en pago.
AND. ¡Já, já, já!
BART. Si tu marido grita le condenamos á que sufra á mí Martina. Con que dame un abrazo.
LUCAS (Por el foro, aparte.) El médico hablando con mi mujer.

ESCENA X

DICHOS y LUCAS que queda en la puerta del foro hasta que se indica

PAULA Siempre, siempre seré tuya.
LEAN. ¡Ay, Paulita de mi alma!
BART. Sí te da reparo abrazarme, yo te abrazaré á tí...
AND. ¡Já, já, já!
LUCAS ¡Qué diablos de hombre es éste!... (Va en dirección á Bartolo: éste se refugia entre Paula y Leandro. A Lucas le detiene Andrea.) ¡Le voy á ahorcar!...
AND. Si no se ha propasado en nada.
LUCAS ¿Con que no?
BART. ¡Anda que el mal será para tí! Sabe Dios lo bien que la hubiera sentado á tu mujer un abrazo mío, que yo curo de muy extraño modo y nunca un hombre tan eminente como yo deja de tener algo que curar en una persona.
LUCAS ¡Vava usted á quién le crea con esas historias!
BART. Mira si he curado pronto á Paulita.

LUCAS — Tan buena está como estaba.
BART. — Eso no: nunca la habréis visto hablar tanto como ahora.
PAULA — Yo intercedo por él, Lucas. Perdónale y cuanto haga dalo por bueno que es muy grande la felicidad que tengo que agradecerle.
BART. — Ya, oyes. (Abraza á Andrea.)
AND. — ¡Já, já, já!... ¡Cómo aprieta!...
LUCAS — (Aparte.) Dice bien el físico: nunca ha hablado la señorita tanto como ahora ni con tan poco juicio.

ESCENA XI

DICHOS y DON JERÓNIMO

JER. — ¿Qué tal, doctor; qué tal el boticario?
BART. — Divinamente; si es mucha sabiduría la de este hombre.... Es tan buen boticario como yo médico, excuso decir á usted más. No ha visto usted especialidad como este caballero para emplastos, cataplasmas de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas... En fin, que su hija de usted ya ha recobrado el habla.
JER. — ¿Sí?
BART. — Sí, señor.
JER. — A ver, Paulita, dí alguna cosa.
PAULA — Padre mío: amo con locura á Leandro y quiero casarme con él.
JER. — Pero si...
PAULA — (Muy de prisa y en tono imperativo y mimoso.) Nada puede cambiar mi resolucion.
JER. — Es que...
PAULA — De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con el hombre que me idolatra. Si usted no me concede su permiso, sin excusas ni dilaciones, me moriré de pena.
JER. — Señor doctor: ¿podría usted darme el gusto de volvérmela á poner muda?

BART. Eso no es posible. Lo que yo haré, solamente por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

LEAN. Yo la quiero, digo, Leandro la quiere y en usted está el hacernos felices, digo, el hacerles felices.

AND. ¡Boda, señor amo, boda! Y para que no den ustedes más vueltas, y para que usted se entere y para que me llame parlera con razón, sepa usted que ese caballero es Leandro, Leandro en persona.

PAULA Padre mío.

LEAN. Padre nuestro...

PAULA Perdónenos usted.

BART. Amén Jesús... (Aparte.) ¡Qué importa la paliza que me dieron para doctorarme comparada con la que me van á dar para destituirme!

JER. ¿Con que se están ustedes burlando de mí?

BART. Don Jerónimo: mientras soluciona usted este asunto de famllia, y como mi señora doña Paulita ya está bien, yo voy á ver otros enfermos.

JER. De ninguna manera: usted no sale de aquí sin que yo le pague como sus servicios merecen.

BART. Pero señor...

JER. Nada tiene que ver la farsa de esta niña con las molestias que le hemos proporcionado á usted. Yo le he de recompensar por lo que usted ha hecho.

BART. ¡Ay, no; por Dios! A mí me duele mucho... me duele mucho que usted se moleste.

JER. Nada, nada... Hoy pasará usted el día con nosotros. Puede usted mandar recado para que sus ayudantes hagan las visitas. Es posible que me tenga usted que asistir en algún vértigo que me dará por acceder á los caprichos de mi señora hija. (Paula y Leandro saltan de alegría. Ella acaricia á don Jerónimo.)

MART. (Dentro.) ¡Demonio de galopines aquellos que han debido matar á mi marido.

BART. (¡Oh, justo cielo! Mi mujer que viene á amargar mi última hora.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MARTINA

MART. (Que entra por el foro, suelta una exclamación al ver á Bartolo.) ¡Calla!...

BART. Calla tú.

MART. ¿Cómo te has vestido de tanta etiqueta?

BART. Ve usted, don Jerónimo, ya vienen á buscarme... Algún nuevo aviso, ó que se agravará un enfermo... Después volveré...

LUCAS Esa mujer nos dió razón de este médico.

BART. ¿Tú?

MART. Sí, marido mío, para que te dieran palos, que bastantes me das tú á mí. Unos cuantos garrotazos en las costillas á cuenta de los que tu me das en todo el cuerpo, bien se pueden llevar. Y si no escarmientas, más ideas se me han de ocurrir para vengarme.

JER. ¿Luego usted es la médica?

MART. Yo soy la mujer de éste, que es el leñador más bruto del contorno.

JER. ¡Ah, pero!...

LUCAS De modo que...

AND. ¡Já, já, já! Sí á mí me había parecido un macho...

MART. Yo dije que era un prodigio en la medicina.

LUCAS Y Ginés y yo le creímos porque lo dijo ella.

JER. Y yo lo creí porque lo digísteis vosotros, y hasta me parecía un oráculo.

BART. Así va el mundo. Muchos adquieren opinión de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás.
(Al público.)
De la gloria el explendor
brilla en el arte sin fin:
en testimonio de loor
dar un aplauso en honor
del inmortal Moratín.

TELON

RECETAS ESTRAMBÓTICAS

PARA EL DOCTOR BARTOLO EN EL SEGUNDO CANTABLE DEL ÚLTIMO CUADRO

Rita y Cosme, que llevaban
seis años de matrimonio,
se entregaban al demonio
por no tener sucesión.
Anhelaban un chiquillo
y esta dicha me pidieron;
yo intervine, y consiguieron
reunir un batallón.
¿Sabéis con qué logré
hacer milagro tal?
—¿Con qué?
—¿Con qué?
—¿Con qué?
—Con polvos de rapé.

—

Una niña muy delgada
vino á verme el otro día,
y me dijo que quería
verse gruesa sin tardar.
Quise colmar su deseo
y engordó de tal manera,
que hoy la confunde cualquiera
con la esfera terrenal.
¿Sabéis con qué logré? etc.

—

Con mi ciencia extraordinaria
he vencido los dolores
que acarrea el mal de amores
á los que se aman con fe.

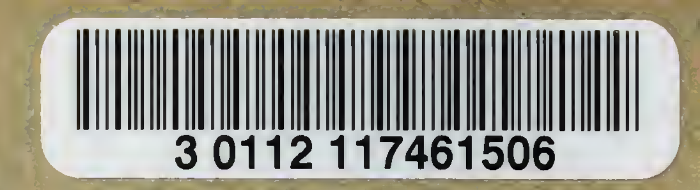
Para estas enfermedades
tengo una especial consulta,
y mi plan siempre resulta
á los novios de *pé* y *pé*.
¿Sabéis con qué este mal
se suele resolver? etc.

—

Con la ciencia que poseo
hice curas asombrosas
y otra infinidad de cosas
que nadie las pudo hacer.
He quitado á diputados
colosales ambiciones,
y he quitado, en ocasiones,
hasta fiebres del Poder.
¿Sabéis con qué logré
tantas cosas quitar?
—¿Con qué?
—¿Con qué?
—¿Con qué?
—Hablando el japonés.

—

Un señor que se constipa
todos los días del año,
y que cada desengaño
le ha obligado á estornudar.
En tratados es funesto
y á sus yernos hace caso...
y de tanto hacer el paso
yo le tuve que curar.
¿Sabéis con qué logré
su vida transformar?
—¿Con qué?
—¿Con qué?
—¿Con qué?
—Pues dándole el Poder.



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta